

EL BOLETIN

SUMARIO

AÑO XXVIII

ABRIL

A

JUNIO

1963

NUM. 2

AÑORANZAS

Rev. Isidro Díaz López

LA DOCTRINA DE SALVACION DE SAN AGUSTIN

Prof. José Aracelio Cardona

LOS PASTORES QUE NECESITAMOS

Obispo Sante U. Barbieri

LA DOCTRINA DE SALVACION DE SAN AGUSTIN

Por José Aracelio Cardona.

Este trabajo es un intento de presentar la doctrina de salvación de aquel gran pensador y teólogo africano, y el último de los padres latinos, que se llamó Aurelio Agustín. Ya el término intento implica que ésta no es una tarea exhaustiva. Hay razones de peso que así lo impiden. El tema es amplísimo. El tiempo a la disposición, muy limitado. El pensamiento agustino puede mirarse desde ángulos distintos lo que dará unas interpretaciones muy variadas. Pero hay algunos principios básicos que pueden servir como puntales para captar el tema que aquí se discute.

El hombre que se da a la reflexión seria no puede dar las cosas por sentadas. El ser humano tiene que asombrarse ante el misterio de la existencia. Ya que el hombre posee el poder de la trascendencia, del anticipo, de la curiosidad, ha de formularse una serie de interrogantes en torno a su ser. Siente que no es un objeto entre otros, sino un devenir, una angustia que suspira por encontrar su destino, su significado, como diría Max Scheller, su puesto en el cosmo. Y puede añadirse: su puesto más allá del cosmos.

El inmenso Agustín bregó con el problema del hombre, cuando bregó con su propio problema. Si otras personas, como los griegos y los romanos habían propuesto soluciones al problema del ser, del hombre, Agustín indicó que hay una perspectiva, un punto de apoyo, que es válido para contestar la interrogante del destino final de la persona. Buceó en la filosofía, en el maniqueísmo, pero agonizó sin encontrar el remedio a su desesperación. Pero al fin se percató que el cristianismo tiene el remedio de la enfermedad que le atormentaba. ¿Qué encontró? ¿Cuál es su pensamiento?

Se hace difícil hablar del concepto agustino de la salvación sin antes entrar en los siguientes asuntos: Dios, el hombre, el mal. De estas tres cosas depende grandemente el sentido y la búsqueda reflexiva de la conquista que hace el ser humano de su destino último. Veamos:

No podemos separar el sentido filosófico y el sentido religioso que Agustín impartió a sus doctrinas. Es un teólogo que filosofa y es un filósofo que teologiza.

Dios es la realidad, el único ser real. Como consecuencia de este principio, todo lo que es fuera de Dios no es real en sí. ¿Por qué? Porque el mundo que el hombre contempla está sujeto a los cambios, a los accidentes, a la temporalidad. Dios no está sujeto a contingencia alguna pues es la esencia inmutable. Lo que se modifica no conserva su ser. Ahora, otro asunto de gran importancia se debe tomar en consideración en cuando al bien. La existencia es el bien en sí. Dios, como es la realidad última, es el Sumo Bien. Y nos dice este eminente pensador cristiano que es mejor existir aunque sea en un estado de miseria que no existir. En la obra LA CIUDAD DE DIOS, dice:

Dios es la suma esencia, es inmutable, es eterno y sin principio, uno solo, nada es coeterno con El. Nada le puede suceder de nuevo.²

En sus aseveraciones religiosas, tal como se encuentra en LAS CONFESIONES, Dios es sumo, óptimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo, inmutable, nunca nuevo y nunca viejo, siempre obrando y siempre en reposo, siempre creando, etc.³ Antes que las cosas existiesen ya era, sus años, un constante hoy.

Ahora surge una situación que necesita análisis. Aceptando que Dios es el Sumo Bien, ¿cómo es posible la presencia del mal en el mundo? Este es un problema candente de cuya solución, o mejor dicho, del intento de solución, se ha ocupado el género humano desde que hizo su aparición en la tierra. De esto se han ocupado filósofos, teólogos, sociólogos, etc. Pero... ¿qué contestación nos ofrece San Agustín? Aquí es bueno señalar que este pensador no encuentra una tarea fácil. Al principio se encuentra ante la posición maniquea que le seduce, pues cree encontrar en el sistema de Manes la clave del misterio.

El maniqueísmo, en su dualismo gnóstico, postula un reino original de obscuridad, de caos, de maldad. A la vez, hay otro reino original de luz y de bondad, de orden, de bien. El orden del mal hizo una incursión en el orden del bien robándole a este último parte de la luz. Desde entonces hay mezcla de bien y de mal. Debido a que el bien no puede libertarse de esa condición por medio de la violencia inventó un universo mixto que fuera el escenario de un proceso gradual de purificación. Así se separaría el bien del mal, la luz de las tinieblas, cosa que llegaría más tarde. La inquietud en este pensador no se mitiga con ese tren de pensamiento. No le satisface. Pero no se detiene. La búsqueda continúa.⁴

² San Agustín, La Ciudad de Dios, Madrid, 1944 (Traducción de Dr. José Cayetano Díaz Bayral. pp. 430-431.

³ San Agustín, Las Confesiones, Madrid, 1961. p. 68.

⁴ Adam Alfred, El Maniqueísmo, Folleto publicado en Handbuch der Orientalistik 1961.

No es posible que el problema del mal se resuelva como algo inherente en la materia misma. No es una substancia como el aire, algo que envenena el cuerpo, como si fuera un alimento en descomposición. Vuelve el pensamiento filosófico a trillar otra senda. Razona San Agustín que todo lo creado resulta de la nada. Ya ese hecho señala otra solución al problema del mal. Hay una tendencia de lo creado a volver a ser nada. Por consiguiente, el mal humano consiste en que los individuos tienen la tendencia a regresar a aquel estado cuando no eran, a perderse en el vacío del no ser: el regreso a la nada. ¿De qué manera se realiza ese viraje del ser, del hombre, al no ser?

He aquí la antropología de Agustín. El hombre no resulta de fuerzas ciegas o de la casualidad, sino que viene a la existencia por un acto, por una voluntad divina. No hay una fuerza o una substancia primigenia y eterna la cual sirva de materia prima para hacer al hombre. Es la nada, cosa incomprensible, pero cierta. Eso se cree como un acto de fe. En este asunto no debe olvidarse que la verdad religiosa es la revelación de Dios. Claro, después se va entendiendo con la ayuda de la razón, y ésta última se convierte en instrumento. CREO PARA ENTENDER. La decisión de Dios para hacer las criaturas es un asunto inmutable y eterno. Primero hubo uno, llamado Adán, y de ahí se multiplicó el género humano. Veamos lo que nos dice en uno de sus libros.

El hombre es algo medio entre los ángeles y las bestias, de tal manera que se sujetase a su Creador como el verdadero Señor. Debe el hombre guardar con piadosa obediencia el precepto y el mandato divino, para pasar al bando y a la sociedad de los ángeles sin que la muerte interviniese, alcanzando la bienaventurada inmortalidad sin fin, pero si usando la libre voluntad ofendiese a Dios por su soberbia y desobediencia, sería condenado a muerte viviendo bestialmente, siendo siervo de su apetito, y después de la muerte condenado a la pena eterna.⁵

En la constitución del hombre concurren un factor material, que se denomina la carne, y otro factor que se llama el alma. La carne en sí no es la causa del mal del individuo, pues de lo contrario se cae en el gnosticismo, cosa que Agustín abandona. Es verdad que uno es tierra y ceniza, pero ni la tierra y la ceniza me hacen la maldad. Dios hizo al hombre pero no al mal que experimenta el hombre.

5 Confesiones. Op. cit. p. 441.

Una cosa posee el ser humano que es muy importante al tratar del problema de su miseria y de su pecado: la voluntad. La capacidad de hacer decisiones, de escoger entre una cosa y la otra fue un privilegio que Dios puso en el hombre. Hubo una buena voluntad que es la obra del Creador. Llegó una hora infausta, negra, en que el ser humano, en el ejercicio de su voluntad, se desligó, se independizó de Dios. En otras palabras, el hombre, que era libre siendo esclavo de Dios, se hizo esclavo de sí mismo al libertarse de Dios. El hombre no fue obligado a eso. Lo hizo por su propia acción. La consecuencia fue una perversión de la voluntad que trajo como secuela la depravación de toda la humanidad. La mala voluntad precede a todas las malas obras. Fue el árbol que produjo y que produce los malos frutos. Como el ser humano, obrando libremente, hizo de su vida el centro de todo, se alejó de la esencia, que es alejarse del Sumo Bien. Expresado en otra forma, al abandonar a Dios, dejó de ser lo que era, para caminar hacia la nada, y así tomar el camino del mal. El primer ser que hizo eso lo fue Adán, que en orgullo, que es el mayor de los pecados, escogió el bien menor en vez de escoger el bien mayor.

Resumiendo esta parte del tema que aquí se trata, se puede decir, que el mal no se debe a un principio malo en el universo, como sostenían los maniqueos; no a una fatalidad astrológica, a un designio terrible fuera del hombre. Los actos de los seres humanos son sus actos, puede escoger entre alternativas, puede vivir bien o vivir mal. Pero se inició viviendo mal.

Una vez que se realiza el acto de la voluntad en que el hombre selecciona lo menor en vez de seleccionar lo mayor, ya el mal se hace patente. No obstante, una vez establecido el hecho, Dios puede usar esa situación para producir un bien mayor. Sin ser Dios el autor del mal realiza algunos propósitos con el mismo.

Un punto de sumo interés es aquel en que el ser, una vez bajo el poder del mal, a pesar de ello, sigue llevando una existencia. Aunque su condición es tal que se mueve hacia la nada, no llega a ésta, no alcanza el no ser. Pero no lo hace porque posea poderes para hacerlo, sino porque Dios lo mantiene en ese estado. Aún así, todo el bien que el hombre cree que hace, es en realidad mal, es egoísmo ya que lo que motiva la acción no es Dios sino el hombre que se ha colocado como centro desplazando a Dios de ese lugar.

¿Cómo puede, entonces, el ser caído, recobrar aquel estado de bienandanza que tuvo en el principio? En otros términos, ¿cómo

puede el hombre salvarse? La vida es ruinoso, sin excepción, pues aun el niño al nacer ya es pecador, no está exento de tan grave mal. Podría objetarse esta última afirmación diciendo que el niño no tiene una voluntad desarrollada para el vicio, pero bastó que lo hiciera un primer hombre para que todos estén envueltos en la culpa. El pecado es personal, pero también es solidaridad. De modo que el Agustín exclama: "¿Cuándo fui inocente si en pecado me concibió mi madre?"⁶

Ya no es posible salvar el abismo entre el Creador y la criatura, por medio del esfuerzo humano, del querer. En Agustín se registra la agonía paulina cuando el Apóstol a los gentiles dice en la Carta a los Romanos:

Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.

De modo que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mi.

Y yo sé que em mí, esto es, mi carne, no mora el bien; porque querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.

Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.

Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios;

Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.⁷

El deseo de Pablo de conseguir la salvación se expresa en estas palabras: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?⁸ Es el grito de Agustín siglos más tardes, es el grito de la humanidad en todos los tiempos.

El regreso a la fuente del ser, no llegar a la nada, sólo se puede realizar mediante el ejercicio del poder divino. Esa ayuda que procede de Dios para que el hombre pueda volverse a su Creador se llama la gracia. Esta incluye una serie de condiciones.

Ya que el hombre no puede conocer a Dios por su actividad intelectual, Dios tiene que revelarse El mismo. Y es que no se puede hacer una decisión sin conocer aquél por el cual uno se decide. En alguna forma la voluntad del hombre recibe el estímulo de lo divino. Además, el poder del hombre necesita de Dios

6 Confesiones. p. 72

7 Romanos 7:15; 17-23

8 Romanos 8:24

para abandonar su yo y responder a las demandas de su Hacedor. No es posible la renovación y la fortaleza de la personalidad sino por la gracia.

¿Quienes caen bajo el efecto saludable de la gracia? Este asunto no es fácil elucidarlo debido a las ideas que aparecen aquí y allí en sus distintas obras. Tal parece que la gracia depende de la fe del creyente, pero aún la fe es un don, un regalo que se le hace al pecador. La fe no nace en el individuo, sino que se la regala. Algunas personas objetaban diciendo que la gracia no es suficiente, que a ella debe adicionársele la participación de la voluntad. Pero según el teólogo africano, no vale lo que haga la voluntad si Dios no tiene misericordia. Depende de la omnipotente voluntad de Dios, para uno desear o no desear.

Por el efecto de la gracia el hombre empieza a encaminarse hacia el bien. Por lo que se ha dicho anteriormente sólo lo que existe es bueno, de modo que el ser humano empieza a recobrar el ser y se aleja de la nada. Así se libera la voluntad. Acompaña la gracia al ser humano cuando desea para que no desee en vano, y cuando no desea, hace que desee. Dios prepara la voluntad y opera en ella. Se puede afirmar que Dios opera creativamente con un poder irresistible que abarca la personalidad, que va al corazón del hombre. En su forma creadora, la gracia es absoluta. Nada tiene el poder de ella, ni las doctrinas, ni los ejemplos, ni la ley: nada. Por gracias sois salvo por la fe.

Todavía queda otro asunto por tratar. ¿Están todos los seres humanos bajo la gracia o sólo funciona en algunos? ¿Cómo es posible que sea una cosa o la otra?

Piensa San Agustín que Dios sabía que el hombre iba a pecar. La humanidad estaría, entonces, sujeta a la muerte como algo que se propagó desde el principio. Pero Dios es la voluntad absoluta. Lo que hace no depende de tomar el consejo de alguien. De manera que conocemos o discutimos esta parte usando el término muy conocido y que ha dado pábulo a tantas discusiones: la predestinación.

El caso es el siguiente: Una vez que el hombre pecó y con él toda su descendencia, la humanidad entera quedó bajo juicio, excluida del contacto divino. Si todos son condenados no hay injusticia de parte de Dios, porque el paso del pecado es muerte. De esa masa de perdidos le plugo a Dios escoger un grupo para que se salvase, los electos, y el otro grupo, naturalmente quedaría

en la condenación. ¿A base de qué se hizo la tal división? De ahí surge lo que se llama la predestinación condicionada y la predestinación incondicionada.

La predestinación condicionada descansa en la preciencia de Dios. Reza de la manera siguiente. Dios sabe y conoce todas las cosas antes que el mundo fuese. Por ejemplo, un acontecimiento que ha de tener lugar de aquí a mil años, Dios lo sabe, porque así lo determina su poder de saber las causas antes que éstas sucedan. Por lo tanto, los seres que componen la humanidad, antes de hoy, hoy y mañana harán sus decisiones de responder a Dios o de no responder a Dios. Esto será a base del libre ejercicio de sus capacidades. Como Dios sabe de antemano que un grupo de los perdidos habrán de convertirse, a estos predestina para la salvación. Pero también sabe que hay otro, que ejerciendo sus capacidades libremente no se convertirán, estos serán condenados por la eternidad.

La predestinación incondicionada descansa absolutamente en la voluntad y el deseo de Dios de escoger, porque quiere, porque así lo desea, un grupo de esa masa de perdidos para la salvación, y a otro grupo para la condenación. Desde luego, eso la hace no de manera caprichosa ni fatalista, sino según su propio consejo y su propia voluntad. Según un autor que hemos consultado, parece que Agustín se inclina hacia esta última clase de predestinación.

En la idea agustina de Dios como voluntad absoluta descansó su famosa doctrina de la doble predestinación, o de la ordenación de algunos para la salvación y otros para la perdición. Generalmente él habla solo de una predestinación para la salvación, dejando a los que se pierden a la suerte de ellos. Pero ocasionalmente se refiere a Dios como escogiendo a unos para la salvación y a otros para la condenación.....La predestinación no se basa en la preciencia de Dios.....al contrario, Agustín insistía que la base de la selección la hacía Dios. Que unos son salvos y otros no se debe sólo a la voluntad secreta de Dios la cual no podemos medir.⁹

A los escogidos le proveyó Dios el don de la perseverancia, de manera que ni uno solo de los electos se perderá. El problema que se encara el que busca la salvación-es que nadie sabe si es uno de los electos y si es candidato a la salvación, amenos que no se le revele de una manera especial. Dice en la Ciudad de Dios:

⁹ McGiffert Arthur, A History of Christian Thought, N. Y. 1938. Vol. II p. 97-99.

Pues sin reparo alguno llamamos hoy bienaventurados a los que vienen justa y santamente con esperanza de la futura inmortalidad, sin culpa que les estrague la conciencia, consiguiendo fácilmente la divina misericordia para los pecados de la presente flaqueza humana...porque ¿qué hombre habrá que sepa que ha de perseverar hasta el fin en el ejercicio y aprovechamiento de la justicia, si no es que con alguna revelación se lo certifique el que no a todos da parte de este sublime arcano por justos y secretos juicios, aunque a nadie engañe?¹⁰

Si alguien dijese que esta idea de la predestinación es contraria a la libertad humana, Agustín contestaría que aquí se trata de libertad contra el mal. Sólo es libre el que no puede hacer el mal. El hombre más libre es aquel que no es el esclavo del pecado.

Los seres que han de ser salvados tendrán el perdón y será libretado del pecado tanto del de Adán como los pasados. Eso no es todo. La persona debe cambiar hacia el bien, y de un ser en corrupción en un ser de santidad. Debe ser un proceso gradual.

Otro ingrediente en el proceso de la salvación lo es el amor. El significado del amor no es otra cosa que la sumisión a Dios, obediencia de su voluntad y la realización de buenas obras. Cualquier acto que parezca virtuoso si no está fundamentado en el amor de Dios es simplemente un vicio. Por lo cual las virtudes que le parece tener, por las cuales manda al cuerpo y a los vicios, para alcanzar alguna cosa, si no las refiere a Dios, son más vicios que virtudes.¹¹ Una vez que la persona está en Dios, que tiene el amor de Dios, que es un salvado realiza buenas obras que consisten en una vida de oración, de ayuno, que es negación de uno mismo y la abstención de las cosas del mundo; dar de lo que tiene y mostrarle el amor a sus hermanos.

Veamos cómo se ha de interpretar la muerte en este proceso de salvación. En varias partes de sus obras se habla de dos clases de muerte: la muerte primera y la muerte segunda. Cuando hubo el acto de la creación no había muerte en el hombre siempre y cuando que no pecase. No sucedió de esa manera. Vino el mal, el pecado y como consecuencia una condenación de muerte para el primer hombre y sus descendientes. "Por lo cual hemos de confesar, que, aunque Dios crió a los primeros hombres de suerte que si no pecaren no incurrieran en ningún género de

¹⁰ Ciudad de Dios. Op. Cit. Libro XI. Cap. 12. p. 390

¹¹ Ciudad de Dios. Libro XIX. Cap. 25 p. 765.

muerte, sin embargo, a estos que primeramente pecaron, los condenó a muerte de modo que lo que naciese de su descendencia estuviesen también sujetos al mismo castigo".¹² Como todos hemos de morir, esta muerte se refiere al cuerpo, la censación de la vida en el sentido biológico, cuando ya no se siente, ni se ve.

La muerte segunda, que en este caso va a determinar en parte lo que es la salvación, ocurre cuando el alma se separa de Dios para siempre, sin una esperanza de reunión con el Todopoderoso. Esta condición produce el desamparo del alma, que buscará ser sin lograrlo, que será atormentada por la eternidad queriendo llegar a ser sin lograrlo. Para salvarse hay que eliminar esta clase de muerte, la muerte eterna.

Para ver en la salvación del hombre según San Agustín un cuadro más completo finalizaremos con dos asuntos más. La función de Jesucristo y el lugar dónde el ser humano gozará de esa salvación.

Las experiencias de Agustín están muy relacionadas con Dios y con el amor que de éste recibiera. Aunque Jesucristo tiene una importancia suprema en el proceso de salvación, parece que, debido a las circunstancias que rodearon al obispo de Hipona, no ocupa un lugar frecuentísimo en su vida de agonía por la salvación. Esto no quiere decir que se ignorara a Cristo porque, aunque no tiene un lugar destacado en su sistema, su importancia es obvia.

Pero de que estando nosotros cargados y sumergidos en horribles pecados, sin dedicarnos, como debiéramos a la contemplación de su luz, ciegos de amor y afición a las tinieblas, esto es, al pecado, no nos haya desamparado y dejado del todo, antes más bien nos haya enviado a su Unigénito, para que haciéndose hombre por nosotros y padeciendo afrentosa muerte, conociésemos cual estima Dios al hombre.¹³

En otras ocasiones dice que Cristo se encarnó para deificar al hombre y darle inmortalidad. Y añade que Cristo murió para propiciar a Dios, para presentar un sacrificio por el pecado, y para pagarle un precio al diablo. CRISTO murió como nuestro representante, y se levantó como una evidencia de la nueva vida que nos otorga.

(Continúa en la página 16)

12

Ciudad de Dios, Libro XIII. p. 449.

13

Ciudad de Dios, Libro VII. Cap. 31. p. 259.

LOS PASTORES QUE NECESITAMOS

Juan X 1 - 15

Obispo Sante U. Barbieri

Acabo de venir de Ginebra, Suiza, donde estuve reunido con el Comité Ejecutivo del Concilio Mundial de Iglesias. Una de nuestras preocupaciones en esta última reunión fue el asunto del ministerio cristiano. De esto habíamos hablado antes en una reunión que tubiéramos en Paris.

Nos preocupa en los círculos ecuménicos el hecho de que va disminuyendo el número de aquellos que se ofrecen para el pastorado y también que entre los que se ofrecen hay muchos que se especializan en ciertas disciplinas y huyen del pastorado para algo especialísimo dentro de la vocación cristiana. Ciertamente esto ha producido una escasez de pastores y de jóvenes que quieran aceptar hoy día el pastorado con todas sus implicaciones.

Se ha nombrado una comisión para que haga un estudio exhaustivo para ver dónde estamos, para saber cuáles son las razones para esa escasez, y para ver si realmente nosotros estamos desafiando a los jóvenes que se presentan para el ministerio con algo que les apele, que les desafíe y para ver si en el mundo en que vivimos realmente tenemos los pastores que necesitamos o si estamos preparando pastores para una época ya pasada. Pastores que no están al corriente de lo que pasa y que tal vez 50 años atrás podrían hacer una buena obra con lo que recibían de educación, pero que al presente tal vez lo que saben no corresponde a la necesidad.

Una cosa siempre es inevitable en el pastor: y es que se sienta realmente vocacionado. Vocacionado en el sentido, no solamente de que ha recibido de alguna manera una llamada de parte de Dios, sino que también esté convencido de que esta es su tarea específica, lejos de la cual se sentiría infeliz.

El pastor que llega a sentirse un empleado de la iglesia ya no es un vocacionado. No podemos nosotros entrar al ministerio de la misma manera que entramos en cualquier otro curso de la vida humana. Tenemos que tener la convicción de que Dios nos ha llamado para una obra especialísima, no que nos ponga por encima de los demás. Obra especialísima en el sentido de que debemos siempre estar a las órdenes de Aquel que

dijo: "Venid en pos de mi y yo os haré pescadores de hombres."

Hoy se habla mucho de pastores asalariados y es triste que así se determinen aquellos que se consagran al ministerio cristiano. Es cierto que necesita el sostén económico, necesita de una vida que sea de conformidad a las necesidades físicas e intelectuales, pero el ministro tiene que por encima de todas las cosas sentir que el no puede medir las horas ni el dinero que se le da, sino que tiene que medir su vocación con las exigencias de la hora.

Necesitamos un ministerio no de fracasados en otras profesiones, sino de los que tengan las mayores probabilidades de triunfo en otras profesiones. El ministerio no es un refugio de fracasados. Jesús pide a los hombres los mayores talentos y posibilidades para que le sirvan.

Necesitamos pastores que tengan más interés por el pueblo que por la institución a que sirven o por sí mismos. Es muy fácil que nos entremos en los engranajes de la iglesia y nos constituyamos en esclavos de sus engranajes. El resultado es que atendemos al engranaje y olvidamos al pueblo; como el sacerdote y el levita que por tener asuntos muy importantes en el templo dejaron al hombre en el camino morir en las manos de la desdicha.

Necesitamos pastores que estén dispuestos a dar su vida por las ovejas, cuyo primer amor es con el pueblo, por el pueblo, dentro y fuera de la iglesia, y tal vez más por el que está fuera de la iglesia. Hay que tener más paciencia y mostrar más heroísmo por la oveja perdida que por las 99 que están ya dentro del redil.

Necesitamos en los pastores de ese amor del cual habló Pablo... que nos constriñe, que nos ata, que nos hace esclavos en el sentido que él usaba. Pastores que estén dispuestos a la flexibilidad tanto en el pensamiento como en el movimiento. Flexibilidad es la palabra que está en el orden del día en este mundo cambiante en el cual vivimos. No podemos ponernos una armadura que nos quite los movimientos, no podemos fijarnos en un lugar de donde no nos moveremos y no podemos tener un pensamiento teológico que no tenga flexibilidad, que no pueda cambiarse, que no pueda renovarse. Movimiento de carácter pastoral y flexibilidad para ir con la tienda donde

es necesaria. A veces los templos son para nosotros como prisiones. Nos metemos dentro de ellos como fortalezas y no salimos venga o no venga la gente. Es necesario movernos a la plaza pública, a la playa, y dondequiera que el hombre esté.

Necesitamos un ministerio que esté dispuesto a estar bajo la influencia del Espíritu Santo a pesar de la preparación intelectual y teológica. No es cuestión de llegar al púlpito con un mensaje bien preparado, bien estudiado y bien editado, y muy ortodoxo, sino de llegar al púlpito con algo que pueda servir a Juan, a María, y pedir que en su vida diaria que los pueda levantar en su ánimo a seguir luchando y viviendo.

Tenemos que colocar nuestros pobres esfuerzos intelectuales en la presencia de Dios y preguntarle ¿es esto lo que tú quieres que yo de a tu pueblo o lo que yo doy a mi pueblo es lo que me agrada a mi intelectualmente? Un pastor me dijo en una ocasión que el pastor debe estar en su gabinete y en su púlpito y la gente que venga por sí sola sin tener que ser visitados. Pero no es cuestión de visitar las familias para invitarles para los cultos, es que hay problemas en el corazón del individuo y de las familias que no podemos deslindar desde el púlpito ni desde el gabinete.

Hay cosas como las que Jesús dijo a la Samaritana que no se dicen en público, o problemas como los que la presenta Nicodemo a Jesús que no se discuten en el púlpito. Son asuntos para tratarse cara a cara, corazón a corazón, de alma a alma, y tal vez esto es lo mejor del ministerio para que nosotros podamos predicar lo que el pueblo necesita.

Después de conocer sus pesares, sus angustias y sus esperanzas, que sean distribuidores de la obra y no únicos hacedores preparando su gente para tal obra. Tenemos que hacer mover a toda la iglesia para la conversión de todo el mundo. Que nosotros los pastores no debemos considerarnos los únicos evangelistas, predicadores, testigos de Dios. Nuestra obra más eficiente será hacer trabajar a los demás y trabajar con los demás pastores.

Necesitamos que estén atentos a lo que pasa en el mundo, que vivan en el mundo y no fuera o por encima del mundo.

El obispo Niel Biting decía que cada mañana debemos leer la Palabra de Dios y leer el diario del día para que nosotros

(Continúa en la página 16)

LA DOCTRINA DE SALVACION DE SAN AGUSTIN

(Continuación de la página 11)

Una vez que el hombre es salvado llegará a formar parte de la Ciudad de Dios, ya que en el infierno se terminará la ciudad terrena. Entonces el ser humano, libertado de lo terrenal, llegará a la eterna felicidad a gozar de las cosas bienaventuradas y del descanso eterno.

Hasta aquí, esbozadas a la ligera, algunos principios relacionados con la idea de salvación de San Agustín, el que encontró una solución al propósito de su existencia a base de Dios, como la última certidumbre, el Dios personal, que busca, que dirige y que salva por su gracia redentora y por el amor indescriptible expresado en su Hijo Jesucristo

LOS PASTORES QUE NECESITAMOS

(Continuación de la página 14)

podamos aplicar lo que Dios nos sugiere a los problemas que nuestro pueblo está enfrentando en ese día. Tenemos que vivir asociados al mundo no para participar de las cosas que destruyen, sino para contribuir con aquello que puede edificar. Como Jesús entraba en casa de hombres y mujeres pecadores y comía con ellos, no para ser pecador con ellos, sino para impartirles el pan de la vida juntamente con otras cosas.

Pastores que hayan sido llamados para servir dedicando sus energías y talentos allí donde el Señor nos llame, no donde nosotros queremos ir. Hoy hay una necesidad de ministerios múltiples, pero es el Señor quien nos indica el lugar donde mejor nosotros podemos ejercer nuestro ministerio. La iglesia vive por la calidad de los pastores que tenemos en nuestras iglesias y no primeramente por la calidad de los especialistas en teología.

Necesitamos pastores que estén dispuestos a afrontarlo todo a pesar de las circunstancias. A tomar, como Jesús, su cruz diariamente. El pastor no puede huir aunque venga el lobo. Se tiene que enfrentar al lobo y si fuere necesario dar su vida. Hay por lo tanto entre otras cosas este espíritu heroico de que mi vida en el ministerio ya no es mi vida, sino que es de Dios y que es de mi pueblo, que cuando veo que mi pueblo está en peligro yo tengo que defenderlo, escudarlo, y morir por mi pueblo.